



O.J.D.: 15678
E.G.M.: 75000
Tarifa: 16985 €

EL MUNDO
CATALUÑA

Fecha: 07/02/2012
Sección: ECONOMIA
Páginas: 41-45

EL MUNDO, MARTES 7 DE FEBRERO DE 2012

E/M/2

EL MUNDO www.elmundo.es



Récord / 46

**Qatar hace
'saltar la banca'
con Cézanne**

La familia real del emirato
compra 'Los jugadores
de cartas' por 191 millones

Muere Tàpies, el maestro de la abstracción

El artista catalán, nombre clave del arte europeo de la segunda mitad del siglo XX, fallece en su casa de Barcelona a los 88 años.



QUIQUE GARCÍA

VANESSA GRAELL / LETICIA BLANCO
Barcelona

El temblor de sus ancianas manos desaparecía cuando cogía un pincel. Necesitaba bastón para sostenerse (y el brazo de su inseparable Teresa), pero en sus ojos de un azul limpio ardía esa pasión que le impulsaba a continuar pintando con furiosas y matéricas pinceladas, a pesar de sus problemas de vista y de su débil corazón. Porque su tao (camino) siempre fue la pintura. Anoche falleció a los 88 años el último gran artista del siglo XX, Antoni Tàpies, máximo exponente de la vanguardia española y del informalismo. Y el mundo de la cultura —el catalán, el español, el universal, lloró su pérdida— y glosó la maestría de su arte.

Cada verano, Tàpies se refugiaba en su casa y estudio del Montseny, rodeado de una tranquila naturaleza que le servía de inspiración. Al acabar el verano salía del taller con decenas de lienzos, que exponía religiosamente en la galería de su hijo, Toni Tàpies. Durante el año continuaba pintando a un ritmo más relajado, buscando siempre esa pintura perfecta, que decía que nunca llegaba a encontrar.

En marzo de 2010, un frágil Tàpies inauguró emocionado su remodelada Fundación, en pleno centro de Barcelona. Fue su último gran acto público. El pintor se enfrentó a sí mismo, a toda su trayectoria y producción, desde uno de sus primeros autorretratos a sus últimas cruces, ese símbolo que ya se ha convertido en su icono. Y ahí es donde Tàpies quiso dejar todo su legado, tras años de incertidumbre y trabas: su inmensa biblioteca y su obra.

Tàpies es el último gran icono de los artistas del siglo XX, aunque llegó al XXI en plena vitalidad, con exposiciones regulares en París, Londres y Nueva York. A lo largo de su vida no le han faltado reconocimientos: La Medalla de Oro de la Generalitat (1983), Príncipe de Asturias de las Artes (1990), la Medalla Picasso de la Unesco (1993) o el Velázquez de Artes Plásticas (2003), entre otros.

Tàpies fue un joven frágil y enfermizo, que pasó largas temporadas convaleciente por una enfermedad pulmonar: estuvo ingresado en varios sanatorios y tuvo que recluirse en su casa durante meses. En esas épocas Tàpies devoró, literalmente, cientos de libros y empezó a dibujar copias de Van Gogh y Picasso, dos genios que le fascinaban. En 1947, en plena represión dictatorial, Tàpies fue uno de los fundadores del mítico grupo de vanguardia (y revista) Dau al Set, junto al poeta Joan Brossa, los pintores Joan Ponç, Modest Cuixart y Joan-Josep Tharrats. Uno a uno, todos fueron desapareciendo. Tàpies era el último superviviente de la generación Dau al Set.

Aunque desde 2010 el artista ostentaba el título de marqués de Tàpies —que le otorgó el rey Juan Carlos I como reconocimiento a su trayectoria—, el catalán siempre ha reivindicado el espíritu del *arte povera* en sus lienzos, en los que literalmente encajaba calcetines, paja, madera, acero, tela de arpillera, sacos, metales, botas usadas... Convirtió la materia en esencia.

Pocos minutos después de conocerse su muerte, las reacciones de duelo no se hicieron esperar, empezando por el presidente de la Generalitat Artur Mas, que destacó su cata-

MUERE TÀPIES

● «Miró siempre reconoció su maestría», dice Rosa Maria Malet

● «Tendrá una gran proyección, el artista tiene el don de no morir»

lanidad: «Ha sido el artista más radicalmente catalán en su pensamiento, su expresión y sus referentes, y al mismo tiempo el más universal por su lenguaje y su proyección internacional». Durante la dictadura, su obra no sólo se volvió oscura (con pinturas que eran todo negro, radicales brochetazos que denunciaban la represión) sino que ensalzaba las tradiciones e iconos de su tierra con lienzos emblemáticos como *Pintura románica con barretina* (1971) o *Sardana* (1971). Incluso fue encarcelado por asistir a una asamblea clandestina en el Monasterio de Montserrat para protestar por el Proceso de Burgos. Su sentimiento de catalanidad, muy arraigado a la tierra y al paisaje, tiene mucho que ver con el de Joan Miró, otro de sus referentes.

La directora de la Fundación Miró, Rosa Maria Malet, no podía ocultar su conmoción a pesar de la avanzada edad del artista: «Esta es una de esas situaciones con las que sabes que has de contar, pero que te dejan igualmente en *shock*». El mismo Miró nombró a Tàpies patrón de su fundación. «De forma diferente y cada uno a su manera, ambos se dedicaron a explorar lo conceptual. Miró siempre reconoció la maestría de Tàpies y su manera de buscar la be-

lleza en las cosas más sencillas. Tàpies será siempre uno de los artistas más importantes del siglo XX. Tenía una gran personalidad y aunque no resultaba fácil para el gran público, su poso en la cultura es enorme, mucho mayor de lo que parece a primera vista», añadió. Como la de Malet, las reacciones desde diversos ámbitos del mundo cultural y político fueron sucediéndose.

Duran Lleida, secretario general de CiU, no olvidó tampoco su compromiso con Cataluña y su defensa, desde el arte, de «los valores democráticos». Hasta el secretario general del PSOE, Alfredo Pérez Rubalcaba, destacó el espíritu de libertad del catalán y su «compromiso ético con la sociedad» en un comunicado oficial.

«Ha sido un modelo en la creación y en la innovación, pero también en la dedicación social y política», declaró el presidente de la Associació d'Artistes Visuals de Catalunya (AAVC), Joan Fontcuberta. El crítico de arte Daniel Giralt-Miracle, «tan emocionado como triste», resaltó su colosal proyección internacional y «el arraigo político» de Tàpies.

«A partir de la década de los 60 se convirtió en un artista ineludible. Hay muy pocos museos significativos del mundo que no tengan en sus colecciones una obra de Tàpies. Tiene una proyección enorme y la tendrá en el futuro, porque el artista tiene eso, el don de no morir», recordó el director de la Sala Parés, Juan Anton Maragall, para el que Tàpies logró aquello que sólo consiguen los verdaderos «genios»: «Crear su propio lenguaje».

Para el director del Macba, Bartomeu Marí, «Tàpies nos deja una obra compleja y densa, extendida a lo largo de décadas. Conecta el espíritu de la posguerra con el del cambio de siglo y debemos todavía aprender a apreciar su legado, extenso y profundo, lleno de vida y sabiduría». «Es el último que quedaba de Dau al Set. Se ha acabado uno de los grandes iconos de la pintura catalana», comentó el empresario y coleccionista Antoni Vila Casas.

Paradójica esperanza

ÀLEX SUSANNA

Ha muerto Antoni Tàpies y eso es difícil de aceptar para todo aquel que apreciara su obra, pero todavía más para quienes tuvimos la inmensa fortuna de haberle conocido: siempre que desaparece una de esas voces preclaras que han contribuido a dar sentido a nuestro tiempo y a nuestras vidas, se produce una especie de apagón que nos deja completamente a oscuras. Sin saber qué decir, qué hacer o por donde ir. Creo que es esa una de las cualidades que mejor distinguen a este excepcional artista: la ardua conquista de una capacidad de visión única, por lo singular, profunda, insobornable, renovadora, persistente e iluminadora hasta el final, como pudimos comprobar quienes visitamos su última exposición en vida en la Galería Toni Tàpies a finales del año pasado. ¡Qué gran testamento nos dejó entonces!

Sea como fuere, forjó una manera de percibir y desentrañar el enigma de la realidad radicalmente nueva y revolucionaria. Hay pues un antes y un después de Tàpies, y eso está al alcance de muy pocos creadores. Nos ayudó no sólo a mirar de un modo distinto, sino que pergeñó una manera de sentir la realidad que no desaparece con él. Por tanto, le debemos parte de lo que somos y seremos: hay algo suyo que permanecerá incrustado para siempre

en nuestros ojos, esa mirada táctil que él construyó para el bien de todos. Ante ciertos materiales, o resquebrajaduras, o superficies, o gestos, o *graffitis*, o símbolos, nuestra capacidad de reacción se la debemos a Tàpies. ¿Qué más puede pedir un artista, y qué más le podemos pedir? Creo que lo sabía, pero lejos de conformarse con sus logros tuvo la humildad necesaria para seguir buscando, rastreando y proponiendo briznas de sentido.

Para él sólo había una manera de vivir: entregándose totalmente a su quehacer artístico. Y una sola manera de crear: auscultando la vida y no despegándose para nada del latido de su epidermis. Manteniendo en todo momento despierta su atención, o flirteando con el vacío y el silencio. Porque la suya es una obra meditativa como pocas. Es más, fue uno de nuestros *maitres-à-penser* más preclaros. Desde ese punto de vista, es difícil pensar en otros artistas que compartan con él esa virtud: alejado de cualquier banalidad o efectismo gratuitos, todo en él se aplicó a construir una de las obras más imponentes, gráficas y paradójicamente esperanzadoras de la segunda mitad del siglo pasado.

Àlex Susanna es poeta.



Monstruo entre los grandes

SOLEDAD LORENZO

Le vi justo después del verano, cuando fui a su estudio para seleccionar las obras para la exposición Tàpies y Louise Bourgeois. Yo le vi bien de cara, con buen color y buen semblante, pero es verdad que había sufrido un evidente deterioro corporal. Pensé que ya no volvería a pintar agachado en el suelo, como lo había hecho toda su vida sus grandes obras, pero pensé que le quedaba más vida.

Antoni Tàpies ha sido un artista grandísimo; un monstruo entre los grandes de su generación y ha sido esencial para otros artistas. Algunos de los que he llevado yo en mi galería me han confesado que, viendo a Tàpies, descubrirían que siempre se podían encontrar nuevos caminos.

Ha sido un privilegio poder trabajar con Antoni Tàpies porque además era de una humildad tremenda. Me emociona muchísimo haber tenido la posibilidad de tratarlo.

Yo creo que Tàpies fue evolucionando dentro de su propio mundo; nunca quiso estar parado. Su producción extraordinaria, no podría elegir una obra sobre las demás.

Soledad Lorenzo ha sido la galerista de Antoni Tàpies desde 1987.



Fuerza existencialista

KOSME DE BARAÑANO

Desde Jackson Pollock, el cuadro (considerado en su totalidad, *all over*), se convierte en el plano sismográfico que deja grabada la acción del artista en el acto de la pintura. Pollock trató de presentar y plasmar su alma (dejando gotear el pincel, *dripping*) más que de representar cualquier cosa como imagen. Pollock y sus compañeros de la llamada New York School pretendieron disolver la convención de ilusión que toda pintura es para pasar a plasmar la improvisación. Intentaron librar sobre el lienzo, colocado en el suelo, los recursos inconscientes del artista, dejando así hablar a la pura materialidad de la pintura y del gesto.

Desde este lado del Atlántico, Antoni Tàpies ha hecho lo mismo, en esa línea de la pintura como acción, pero con una profundidad de filósofo, como el gran pensador que en todo momento fue. A lo largo de 60 años de actividad imparable, nos ha devuelto en lo informal o nos ha presentado en su materialidad (con su paleta de tierras y ocre), en su informalidad zen, en su fregado suelo cromático, más realidad que el cuadro tradicionalmente ilusionista o figurativo.

Tàpies desnuda la realidad, como lo hizo Goya, y su «comunicación sobre el muro»,

como dicen sus textos de los 60 y como tituló una exposición en 1992. Manchas sin apenas huella humana. La iconografía del existencialismo registrado en palabras por Sartre y Camus.

Su mundo visual es un armario de restos, muchas veces de las huellas de la cohabitación. Si Francis Bacon retrata el existencialismo del ser y la nada, Tàpies nos demuestra en su iconografía que el espacio del cuerpo es un espacio de silencio y que no es sólo visual sino táctil también.

La pintura de este singular catalán no ha sido un campo de batalla, sino pura respiración personal. En los cuadros de Tàpies nos percatamos de que su escenario (cabezas, pies, manos) se abre para configurar un gran espacio vacío en el que las palabras no dicen lo que dicen, sino que apuntan a otra realidad que no se declara y que queda ambigua y suspendida, por ejemplo, en *Montseny*, de 1988, que parte de un sutra y recuerda a Buda viendo la montaña de los buitres y quedándose maravillado del paisaje.

Las obras de Tàpies son más que paisajes y comunicación, son vibración y silencio. Los elementos naturales que forman la trama de la imagen encuentran su valor de

significado no en su referencia sino en su trazo, en su excelente latido visual. Son una presencia real (lo que pide George Steiner a las obras de arte): una materia que se presenta como unidad de imagen y que nos recuerda el paso del tiempo. En sus palabras, «cuando pintamos, estamos también transmutando los materiales, convirtiendo una cosa que en sí misma no es nada, como una montaña de polvo o de tierra, o un material vulgar, en una obra expresiva que puede cambiar nuestro espíritu».

Antoni Tàpies ha sido un faro de luz en la segunda mitad del siglo XX en España, un faro que ha iluminado nuestro país hacia afuera, siendo eo más importante tras

«Ha sido un faro de luz en el arte español del siglo XX, el más importante tras Picasso y Miró»

Picasso y Miró. Y también hacia adentro. Sus textos sobre arte en la dictadura de Franco han sido una guía para todos, para redescubrir lo primitivo de las culturas africanas, lo oriental y lo propio de nuestras tierras. Su libro *El arte y sus lugares* (Ed. Siruela, 1999) explicita abiertamente su

forma de comprar o de coleccionar: «No lo hago demostrando las afinidades formales, sino a través de rasgos más interiores y complejos». Y ese espíritu, ese alma, estaba en su casa y en su colección.

Los últimos años de Tàpies, apoyado siempre en su mujer, Teresa Barba, han sido tan creativos como lo fue su fuerza de ruptura con la tradición a principios de los años 50. Para mí, han sido los mejores.

Si el Monet anciano y el viejo Tiziano se apartan del motivo y van hacia la abstracción, Tàpies –incluso perdiendo vista por una herida en la mácula del ojo en estos últimos años– se ha acercado al lienzo colocado sobre el suelo y ha vuelto a la figura humana.

Requerido por Teresa para continuar el oficio que le daba la vida, Tàpies ha seguido pintando con su modestia ontológica, una actitud de carácter monacal. Siempre aspiró a la perfección en su papel de pintor sobrio y contundente pensador –en la tradición española– de la existencia cotidiana.

Quise visitarle el pasado día 16 de enero, le acababan de ingresar. Que la tierra, en la que seguiremos viendo tus signos, te sea leve, Antoni.

Kosme de Barañano es catedrático de arte. Fue subdirector del Reina Sofía y director del IVAM.

Antoni Tàpies, en enero de 2008, durante una entrevista realizada en su estudio de Barcelona. / Q. GARCÍA



Densidad y transparencia de la materia

JOSÉ GUIRAO

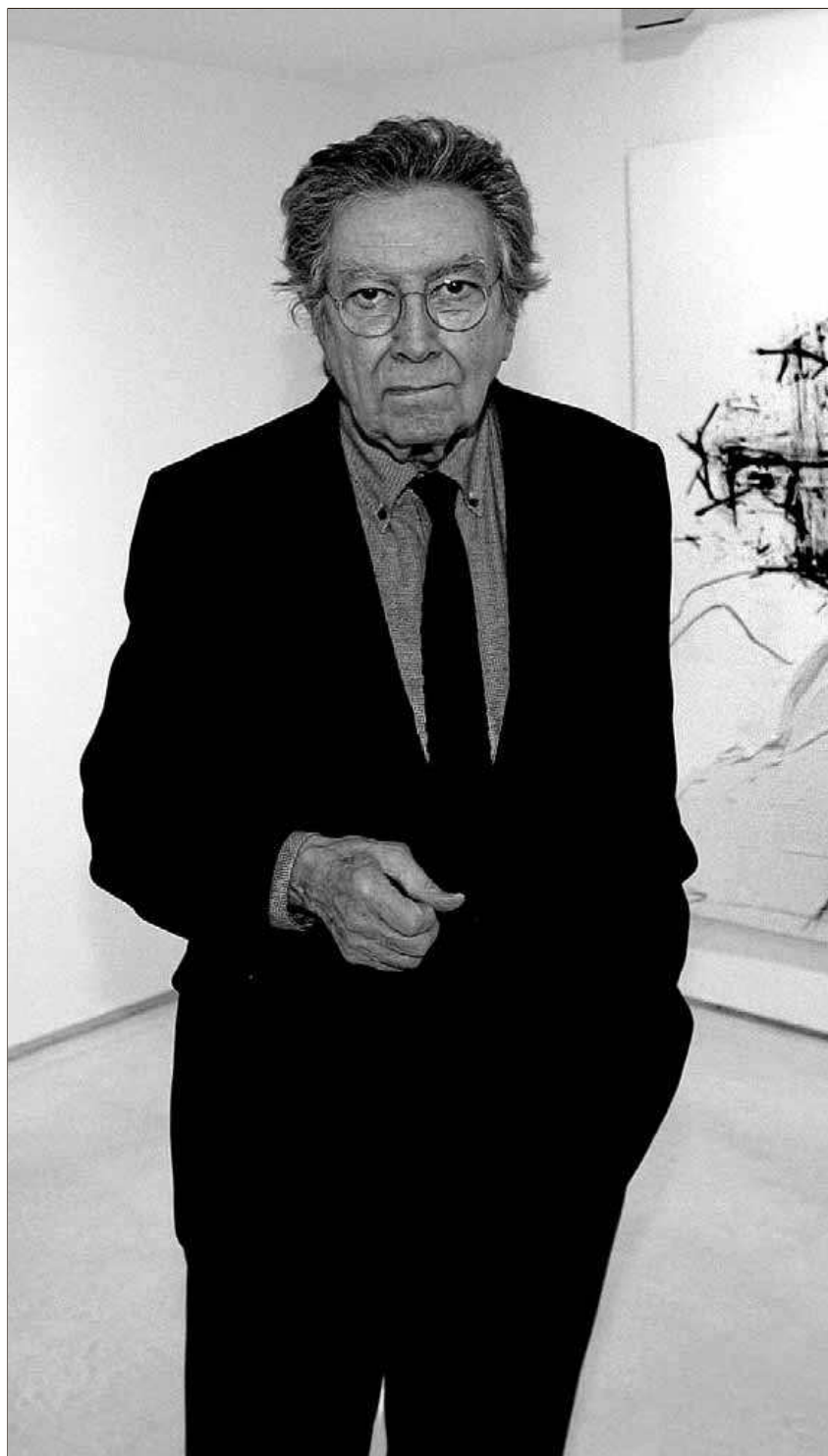
Tàpies fue el gran creador de la materia. Su pintura se prolonga en su escultura donde aquella toma forma de otra manera. Es la materia, el uso que de ella hace, lo que une de forma inseparable la pintura y la escultura en las manos de Tàpies. Nunca antes de él materiales tan dispares como la tierra, el barniz, el cemento, la arena, la paja, las telas o los pigmentos han tenido tanta densidad y, a la vez, tanta ligereza. Nadie como él fue capaz de sintetizar los términos antagónicos de materiales artísticos tan dispares.

Densidad, levedad, energía, ligereza y transparencia definen su obra. Él consigue desvelar lo más profundo y esencial de la materia. Tàpies, siempre reconocible, posee un lenguaje propio y único y, por ello, siempre distinto. Su trabajo es una puerta abierta a la luminosidad de lo oscuro, de lo no visible, de lo no nombrable. Tàpies trabaja y descubre los misterios de la creación en sí misma.

Por todo ello, su legado se ofrece necesariamente como la ingente labor de un humanista, de un gran pensador. Y, así, deja una herencia de pensamiento de enorme riqueza sobre, precisamente, el hecho mismo de crear y sobre la fuente de la creación. Sus textos no son sólo la obra de un gran escritor, sino que hablan de lo atemporal, de lo que está más allá del tiempo en la obra de arte. *El arte y sus lugares*, el texto con el que Tàpies se acercó a las creaciones de artistas de otras épocas que le conmovieron, inspiraron o intrigarón, es un libro al que uno puede acudir siempre para entender qué hay detrás de la necesidad de crear.

Por lo demás, toda esta reflexión sobre lo que su obra significa en la creación contemporánea no puede desligarse de una persona de una finura espiritual y de una delicadeza frente al mundo inusual. Insustituible. Insustituible por su belleza moral.

José Guirao es director de La Casa Encendida y ex director del Reina Sofía.



Antoni Tàpies delante de la obra 'Muntanya blanca' en 2004. / QUIQUE GARCÍA

La pintura como límite de la palabra

ANTONIO LUCAS

Antoni Tàpies no era exactamente ni luz ni sombra, sino límite. Aquel en el que colisionan lo plástico y el alfabeto. La pintura y las palabras. Tàpies estuvo en el lenguaje de un modo orgánico, nutriéndose de él. Le viene de lejos esa pasión por la escritura, que desarrolló como obra propia, de una parte, y en su ancha relación con poetas y pensadores, de otra.

Su pintura es una intensa caligrafía que remata o encuentra su *micebrina* en voces distintas. Desde Ramon Llull hasta Gimferrer. De Edmond Jabès a José Ángel Valente. De Bonnefoy a José Miguel Ullán. A Saramago. A Guillén. A Alberti. Sí, los poetas, los novelistas, el pensamiento lírico como una escuela de enigmas que emparentaba bien con su expresión, con su simbología, con su obsesión signica... ¿Qué hay más allá de las palabras? ¿Qué lenguajes hablan en el subsuelo de la pintura? Toda escritura es un tiempo de conocimiento, un país de sangre en marcha hallado súbitamente cuando alguien lo escribe.

Comenzó a redactar sus memorias en 1966. Pero hasta 1977 no vieron la luz esos folios, *Memoria personal*, donde está descifrada una genealogía de encuentros y desencuentros, de hallazgos, de vivencias, de enfermedad primera, de hallazgo y trabajo con modales de tibetano entregado a la alquimia de sus propias ideas. Tàpies escribía con esa cadencia del calígrafo concentrado en resumir el mundo de un sólo trazo. Sucede así en otros títulos suyos: *Comunicación sobre el muro*, *Nada es mezquino* o *El arte contra la estética*. Valen para arrojar algo de luz a ese complejo territorio de aristas, pliegues, esferas, ceremonias palpitantes que encierra su trabajo. La lección infinita de su forma de decir.

No hay nada de artista literario en Tàpies. Nada más lejos de su ambición. De su aventura. Ni siquiera quería ser literatura, sino que estaba más cerca de aquel Jabès que aspiraba a ser sencillamente signo. Pensamiento. En los libros veía la medida de todas las cosas. De ahí su bibliofilia, ese amor por un objeto perfecto desde el que experimentar el mundo.



Un activista cultural

MANUEL BORJA-VILLEL

Más allá de la cercana relación de afecto que teníamos, objetivamente, Antoni Tàpies ha sido una figura fundamental de la cultura española durante los últimos 60 años. Su valor y su importancia se resumen en tres aspectos: en primer lugar, se trata de un artista con mayúsculas que creó un lenguaje propio a través de sus pinturas matéricas, que en los años 50 significaron una especie de tsunami artístico. En segundo

lugar, y hablando de ese lenguaje propio al que hago referencia, Tàpies fue capaz de desplegarlo y desarrollarlo: en los 60/70 la materia se transformó en objetos y, ya en los 80, en pinturas líquidas, transparentes, casi de agua en sus barnices. Aquí es donde entra en escena el aspecto mágico con el que quería transformarnos. Pero no desde el punto de vista de un artista romántico en su estudio, sino a modo de trilerio



'Negro con línea roja' (1963).

de feria, haciendo participar a todos de ese engaño y formando comunidades de afectos, lo que dotaba de una dimensión ética a su obra. Y en tercer lugar, en un país donde la filosofía es el apenas el yo pinto, ha sido todo un activista cultural. Ha escrito seis libros, ha sido un gran coleccionista y adquirió un gran compromiso con la creación desde su Fundación. Nos queda un gran vacío personal con su muerte, pero por fortuna su obra está ahí en toda su dimensión.

Manuel Borja-Villel es director del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Un creador universal

RAFAEL DOCTOR

En estos tiempos en los que no dejamos de hablar de nuestra escasa presencia internacional se va uno de los pocos autores españoles que lo logró plenamente no teniendo para ello que renunciar a su espacio vital. Ser surrealista en aquel franquismo de los años 50 y sobre todo evolucionar desde allí hacia el lenguaje del informalismo y profundizar en él con una conciencia nueva lo han convertido en uno de los personajes claves para entender la historia de la creación artística de la segunda mitad del siglo XX.

En un momento en el que la globalización ha provocado que el arte contemporáneo de todo el planeta tienda a la occidentalización, en el que vemos a innumerables y casi irrecordables hordas de artistas orientales copando las principales transacciones de capitales del dinero mundial dedicado al arte, echamos en falta diálogos como los que de una manera sencilla, pero profunda y verdadera supo establecer Antoni Tàpies.

Me sería difícil precisar en qué sentido la obra de este gran artista ha influido en las nuevas generaciones. El éxito que desde los años 60 obtuvo a nivel internacional y el hecho de que fuese representante de la creación de aquella España tardofranquista le procuró a Tàpies varias y airadas disputas con un sector de los artistas catalanes conceptuales de aquella época, de las que no salió del todo airoso.

En este sentido, y al entender que la realización de este tipo de obra era la marca oficial de aquel régimen y aquella época, buena parte de los nuevos artistas se apartaron de la pintura y de la materia por entender que eran prácticas de una época de la que había que escapar.

Desgraciadamente hay que tener en cuenta, además, que una buena parte de creadores de todo el mundo, sin duda debido a la gran difusión mediática que tuvo este tipo de obras realizadas con materiales tan sencillos, se lanzaron a crear miles y miles de pseudotàpies que han acabado invadiendo medio planeta llenando cualquier casa u hotel de eso que llamamos -con razón- «feísmo». Y que no es otra cosa que un acercamiento irrespetuoso y superficial a la obra de esta gran artista sin duda universal.

Rafa Doctor es comisario independiente.



Antoni Tàpies ante una de sus obras, en la galería Soledad Lorenzo de Madrid, en 2006. / ANTONIO HEREDIA

El reflejo del espíritu humano

CRISTINO DE VERA

Tàpies debió buscar en la materia algo del reflejo del espíritu humano. En su época matérica, lograba en su densidad penetrar en el misterio de su enigmática alquimia.

Tàpies tenía algo en su alma de la prehistoria y la alquimia en todo el denso sentimiento de un sentir nuevo y distinto porque siempre buscó algo del

silencio infinito
silencio de Dios
clamor de los siglos
inicio del tiempo

Él iba en la ruta de esos buscadores....

Las cajas metafísicas de Oteiza
De la cruz a la luz de Chillida
En sus frisos matéricos siempre en el límite de una esquina...

En el ángulo misterioso de sus cuadros aparecía una Cruz.

Cada pintor lleva una luz, un color, un signo... la levedad de una línea.

Tàpies llevaba en su interior profundo... llevaba su cruz, su T y esa levedad desvaneciente del Arte Japonés... del alma y pensamiento oriental que fue su pasión, y la esencia de su vuelo se fusionó con la del místico Ramon Llull....

Su texto *Conversación en el muro* fue de los escritos de arte mas bellos y enigmáticos del siglo. Hoy es un día doloroso para el arte español y el ARTE.

Se ha marchado un gran buceador y buscador de lo hondo de la materia, de lo hondo de los signos que cubren desde paredes hasta el ritmo de estrellas.

La hondura de un ser como Antoni Tàpies... quedará en muchas mentes....

Es difícil hablar en palabras de Tàpies... cuando es el momento de recordar su obra con el eco del silencio... transmitirle el aliento de la oración silenciosa y que le acompañe en su

callado
silencioso
oscuro
luminoso

viaje, hacia la ruta, camino, vuelo
...de la paz perpetua.

Cristino de Vera es artista.

País de Tàpies

PERE GIMFERRER

Trae el invierno el color de este polvo de mármol. Arde una fragua de claridades verdes bajo la luz visible de las ramas, tan claras por tan desnudas, el cercado de los incendios de abril. Nos pertenece un país palpitante de agua y de hierba, un gotear de nieblas en el desfiladero del cielo. El polvo de mármol, la piedra, el cartón y la chatarra han recibido el legado de las estaciones, la herencia del tiempo que rodea al hombre, el oro ceremonial y el verde trémulo, el azul nocturno y el azul que ven unos ojos cerrados en el anillo de oscuridad que enciende las apariencias. Nos pertenece un país, un legado, el alto ejemplo de la claridad de los átomos y la ventana desnuda que ve la transparencia del vacío total.

Un país para volver a él, más adentro que lo que pedimos, y más adentro aún que lo que nos podremos atrever a soñar: un país donde la oscuridad fuese conciliación del espacio y el hombre, como la raíz del espacio aferrada al subsuelo, como la raíz del subsuelo aferrada a las minas negras del firmamento. Volver a él es como volver al país donde no nacen ni mueren los instantes; presentes, irreducibles, rehusados al recuerdo, son sólo conocimiento. Como la mano, como el cuerpo, como la mente febril, todo el ser ha dejado de arañar el entorno. Ahora ha llegado el tiempo de esperar y conocer, tiempo de herramientas sumergidas en el agua de los desvanes, la navegación de escombros, monasterio de sábanas y moho, país de esta sangre. Tiempo de hombres que han hallado súbitamente un ámbito: la pura nitidez de saberse vivientes.